



Biblioteca de Ferrocarriles.



!! ES RARO !!

(4)

POR

GUSTAVO A. BECQUER.

[Handwritten scribble]

SANTIAGO

Imprenta COLON, segunda galería Mac-Clure, No. 2

1877

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1957

¡ Es Raro !!

Tomábamos el té en casa de una señora amiga mia, i se hablaba de esos dramas sociales que se desarrollan ignorados del mundo, i cuyos protagonistas hemos conocido, si es que no hemos hecho un papel en algunas de sus escenas.

Entre otras muchas personas que no recuerdo, se encontraba allí una niña rubia, blanca i esbelta, que a tener una corona de flores en lugar del legañoso perrillo, que gruñía medio oculto entre los anchos pliegues de su falda, hubiérasela

comparado sin exajerar con la Ofelia de Shakespeare.

Tan puros eran el blanco de su frente i el azul de sus ojos.

De pié, apoyada una mano en la *causeuse* de terciopelo azul que ocupaba la niña rubia, acariciando con la otra los preciosos dijes de su cadena de oro, hablaba con ella un jóven, en cuya afectada pronunciacion se notaba un leve acento extranjero, a pesar de que su aire i su tipo eran tan españoles como los del Cid o Bernardo del Carpio.

Un señor de cierta edad, alto, seco, de maneras distinguidas i afables, i que parecia sériamente preocupado en la operacion de dulcificar a punto su taza de té, completaba el grupo de las personas mas próximas a la chimenea, al calor de la cual me senté para contar esta historia. Esta historia parece un cuento, pero no lo es: de ella pudiera hacerse un libro; yo lo he hecho algunas veces en mi imaginacion. No obstante, la referiré en pocas palabras; pues para el que haya de comprenderla todavía sobrarán algunas.

I.

Andrés, porque así se llamaba el héroe de mi narracion, era uno de esos hombres en cuya alma rebosan el sentimiento que no han gastado nunca, i el cariño que no pueden depositar en nadie.

Huérfano casi al nacer, quedó al cuidado de unos parientes. Ignoro los detalles de su niñez; sólo puedo decir que cuando le hablaban de ella, se oscurecía su frente, i exclamaba con un suspiro: ¡Ya pasó aquello!

Todos decimos lo mismo, recordando con tristeza las alegrías pasadas. ¿Era esta la explicacion de la suya? Repito que no lo sé; pero sospecho que no.

Ya jóven, se lanzó al mundo. Sin que por esto se crea que yo trato de calumniarle; la verdad es que el mundo para los pobres, i para cierta clase de pobres sobre todo, no es un paraíso, ni mucho ménos. Andrés era, como suele decirse, de los que se levantan la mayor parte de los días con veinticuatro horas más, juzguen, pues, mis lectores cuál seria el estado de un alma toda idealismo, toda

amor, ocupada en la difícil cuanto prosáica tarea de buscarse el pan nuestro cotidiano.

No obstante, algunas veces, sentándose a la orilla de su solitario lecho, con los codos sobre las rodillas i la cabeza entre las manos, exclamaba:

—¡Si yo tuviese álguien a quien querer con toda mi alma! ¡Una mujer, un caballo, un perro siquiera!

Como no tenia un cuarto, no le era posible tener nada, ningun objeto en que satisfacer su hambre de amor. Esta se exasperó hasta el punto de que en sus crisis llegó a cobrarle cariño al cuchitril donde habitaba, a los mezquinos muebles que le servian, hasta a la patrona, que era su jenio del mal.

No hai que extrañarlo: Josefo refiere que durante el sitio de Jerusalem fué tal el hambre, que las madres se comieron a sus hijos.

Un dia pudo proporcionarse un escasísimo sueldo para vivir. La noche de aquel dia, cuando se retiraba a su casa, al atravesar una calle estrecha, oyó una especie de lamentos como lloros de una criatura recién nacida. No bien hubo dado algunos

pasos mas despues de oir aquellos jemi-
dos, cuando exclamó deteniéndose:

—Diantre, ¿qué es esto?

I tocó con la punta del pié una cosa blanda que se movia i tornó a chillar i a quejarse. Era uno de esos perrillos que arrojan a la basura de pequeñuelos.

—La Providencia lo ha puesto en mi camino, dijo para sí Andres, recojiéndole i abrigándole con el faldon de su levita, i se lo llevó a su cuchitril.

—¡Cómo es eso! refunfuñó la patrona al verle entrar con el perrillo; no nos faltaba mas que ese nuevo embeleco en casa; ahora mismo lo deja usted donde lo encontró, o mañana busca donde acomodarse con él.

Al otro dia salió Andres de la casa, i en el discurso de dos o tres meses salió de otras doscientas por la misma cuestion. Pero todos estos disgustos, i otros mil que es imposible detallar, los compensaban con usura la intelijencia i el cariño del perro, con el cual se distraia como con una persona en sus eternas horas de soledad i fastidio. Juntos comian, juntos descansaban i juntos daban la vuelta a la Ronda, o se marchaban a lo largo del camino de los Carabancheles.

Tertulias, paseos, teatros, cafés, sitios donde no se permitian o estorbaban los perros, estaban vedados para nuestro héroe, que exclamaba algunas veces con toda la efusion de su alma, i como respondiendo a las caricias del suyo:

—¡Animalito! No le falta mas que hablar.

II.

Seria enfadoso explicar cómo; pero es el caso que Andrés mejoró algo de posicion, i viéndose con algun dinero, dijo:

—¡Si yo tuviese una mujer! Pero para tener una mujer es preciso mucho: los hombres como yo, ántes de elejirla, necesitan un paraíso que ofrecerla, i hacer un paraíso de Madrid cuesta un ojo de la cara... Si pudiera comprar un caballo. ¡Un caballo! no hai animal mas noble ni mas hermoso. ¡Como lo habia de querer mi perro, como se divertirian el uno con el otro, i yo con los dos!

Una tarde fué a los toros, i ántes de comenzar la funcion dirijióse maquinalmente al corral, donde esperaban ensillados los que habian de salir a la lidia.

No sé si mis lectores habrán tenido

alguna vez la curiosidad de ir a verlos. Yo de mí puedo asegurarles que, sin creerme tan sensible como el protagonista de esta historia, he tenido algunas veces ganas de comprarlos todos. Tal ha sido la lástima que me ha dado de ellos.

Andrés no pudo ménos de experimentar una sensacion penosísima al encontrarse en aquel sitio. Unos, cabizbajos, con la piel pegada a los huesos i la crin súcia i descompuesta, aguardaban inmóviles su turno, como si presintiesen la desastrosa muerte que habia de poner término, dentro de breves horas, a la miserable vida que arrastraban; otros, medio ciegos, buscaban olfateando el pesebre i comian, o hiriendo el suelo con el casco i dando fuertes resoplidos, pugnaban por desasirse i huir del peligro que olfateaban con horror. I todos aquellos animales habian sido jóvenes i hermosos. ¡Cuántas manos aristocráticas habrian acariciado sus cuellos! ¡Cuántas voces cariñosas los habrian alentado en su carrera, i ahora todo era juramentos por acá, palos por acullá, i por último la muerte, la muerte con una agonía horrible, acompañada de chanzonetas i silbidos.

—Si piensan algo, decia Andres, ¿qué pensarán estos animales en el fondo de su confusa intelijencia, cuando en medio de la plaza se muerden la lengua i espiran con una contraccion espantosa? En verdad que la ingratitude del hombre es algunas veces inconcebible.

De estas reflexiones vino a sacarle la aguardentosa voz de uno de los picadores, que juraba i maldecia miéntras probaba las piernas de uno de los caballos dando con el cuento de la garrocha en la pared. El caballo no parecia del todo despreciable; por lo visto, debia ser loco o tener alguna enfermedad de muerte.

Andres pensó en adquirirle. Costar, no debiera costar mucho; pero, i ¿mantenerlo? El picador le hundió la espuela en el ijar i se dispuso a salir; nuestro jóven vaciló un instante, i le detuvo. Cómo lo hizo, no lo sé; pero en ménos de un cuarto de hora convenció al jinete para que lo dejase, buscó al asentista, ajustó el caballo i se quedó con él.

Creo escusado decir que aquella tarde no vió los toros.

Llevóse el caballo; pero el caballo, en efecto, estaba o parecia estar loco.

—Mucha leña en él, le dijo un inteligente.

—Poco de comer, le aconsejó un mariscal.

El caballo seguía en sus trece.—¡Bah! exclamó al fin su dueño, démosle de comer lo que quiera, i dejémosle hacer lo que le dé la gana. El caballo no era viejo, i comenzó a engordar i a ser mas dócil. Verdad que tenía sus caprichos, i que nadie podía montarlo mas que Andres; pero decia éste:—Así no me lo pedirán prestado, i en cuanto a rarezas, ya nos iremos acostumbrando mutuamente a las que tenemos. I llegaron a acostumbrarse de tal modo, que Andres sabia cuándo el caballo tenía ganas de hacer una cosa i cuando no, i a éste le bastaba una voz de su dueño para saltar, detenerse o partir al escape, rápido como un huracan.

Del perro no digamos nada: llegó a familiarizarse de tal modo con su nuevo camarada, que ni a beber salían el uno sin el otro. Desde aquel punto, cuando se perdía al escape entre una nube de polvo por el camino de los Carabancheles i su perro le acompañaba saltando, i se adelantaba para tornar a buscarle o le dejaba

pasar para volver a seguirle, Andres se creia el mas feliz de los hombres.

III.

Pasó algun tiempo; nuestro jóven estaba rico, o casi rico.

Un dia, despues de haber corrido mucho, se apeó fatigado junto a un árbol i se recostó a su sombra.

Era un dia de primavera, luminoso i azul, de esos en que se respira con voluptuosidad una atmósfera tibia e impregnada de deseos, en que se oyen en las ráfagas del aire como armonías lejanas, en que los limpios horizontes se dibujan con líneas de oro, i flotan ante nuestros ojos átomos brillantes de no sé qué, átomos que semejan formas transparentes que nos siguen, nos rodean i nos embriagan a un tiempo de tristeza i de felicidad.

—Yo quiero mucho a estos dos séres, exclamó Andres, despues de sentarse mientras acariciaba a su perro con una maño i con la otra le daba a su caballo un puñado de yerbas, mucho; pero todavía hai un hueco en mi corazon que no se

ha llenado nunca; todavía me queda por emplear un cariño mas grande, mas santo, mas puro. Decididamente necesito una mujer.

En aquel momento pasaba por el camino una muchacha con un cántaro a la cabeza.

Andres no tenia sed, i sin embargo le pidió agua. La muchacha se detuvo para ofrecérsela, i lo hizo con tanta amabilidad, que nuestro jóven comprendió perfectamente uno de los mas patriarcales episodios de la biblia.

—¿Cómo te llamas? le preguntó así que hubo bebido.

—Plácida.

—¿I en qué te ocupas?

—Soy hija de un comerciante, que murió arruinado i perseguido por sus opiniones políticas. Despues de su muerte, mi madre i yo nos retiramos a una aldea, donde lo pasamos bien mal, con una pension de tres reales por todo recurso. Mi madre está enferma, i yo tengo que hacerlo todo.

—¿I cómo no te has casado?

—No sé; en el pueblo dicen que no sir-

vo para trabajar, que soi mui delicada, mui señorita.

La muchacha se alejó despues de despedirse.

Miéntras la miraba alejarse, Andres permaneci6 en silencio; cuando la perdi6 de vista, dijo con la satisfaccion del que resuelve un problema.

— Esa mujer me conviene.

Mont6 en su caballo i seguido de su perro se diriji6 a la aldea. Pronto hizo conocimiento con la madre, i casi tan pronto se enamor6 perdidamente de la hija. Cuando al cabo de algunos meses 6sta se qued6 hu6rfana, se cas6, enamorado de su mujer, que es una de las mayores felicidades de este mundo.

Casarse, i establecerse en una quinta situada en uno de los sitios mas pintorescos de su pa6s, fu6 obra de algunos dias.

Cuand6 se vi6 en ella rico, con su mujer, su perro i su caballo, tuvo que restregarse los ojos: creia que soñaba. Tan feliz, tan completamente feliz era el pobre Andres.

IV.

Así vivió por espacio de algunos años, dichoso si Dios tenia qué, cuando una noche creyó observar que álguien rondaba su quinta, i mas tarde sorprendió a un hombre modelando el ojo de la cerradura de una puerta del jardin.

—Ladrones tenemos, dijo. I determinó avisar al pueblo mas cercano, donde habia una pareja de guardias civiles.

—¿A dónde vas? le preguntó su mujer.

—Al pueblo.

—¿A qué?

—A dar aviso a los civiles, porque sospecho que álguien nos ronda la quinta.

Cuando la mujer oyó esto, palideció lijeramente. El dándole un beso, prosiguió:

—Me marchó a pié, porque el camino es corto. ¡Adios! hasta la tarde.

Al pasar por el patio para dirigirse a la puerta, entró un momento en la cuadra, vió a su caballo, i acariciándole le dijo:

—Adios, pobrecito, adios; hoi descansarás, que ayer te dí un mate como para tí solo.

El caballo, que acostumbraba salir todos los dias con su dueño, relinchó tristemente al sentirle alejarse.

Cuando Andres se disponia a abandonar la quinta, su perro comenzó a hacerle fiestas.

No, no vienes conmigo, exclamó hablándole como si le entendiese: cuando vas al pueblo ladras a los muchachos i corres a las gallinas, i el mejor dia del año te van a dar tal golpe, que no te quedan ánimos de volver por otro... No abrirle hasta que yo me marche, prosiguió dirijiéndose a un criado, i cerró la puerta para que no le siguiese.

Ya habia dado la vuelta al camino, cuando todavía escuchaba los largos aullidos del perro.

Fué al pueblo, despachó su dilijencia, se entretuvo un poco con el alcalde charlando de diversas cosas, i se volvió hácia su quinta. Al llegar a las inmediaciones, estrañó bastante que no saliese el perro a recibirle, el perro que otras veces, como si lo supiera, salia hasta la mitad del camino... Silba... ¡nada! Entra en la posesion, ¡ni un criado!—¡Qué diantres será esto, esclama con inquietud, i se dirige al caserío.

Llega a él, entra en el patio; lo primero que se ofrece a su vista es el perro tendido en un charco de sangre a la puerta de la cuadra. Algunos pedazos de ropa diseminados por el suelo, algunas hilachas pendientes aun de sus fauces, cubiertas de una rojiza espuma, atestiguan que se ha defendido, i que al defenderse, debió recibir las heridas que lo cubren.

Andres lo llama por su nombre; el perro moribundo entreabre los ojos, hace un inútil esfuerzo para levantarse, menea débilmente la cola, lame la mano que lo acaricia, i muere.

—Mi caballo, ¿dónde está mi caballo? esclama entónces con voz sorda i ahogada por la emociion, al ver desierto el pesebre i rota la cuerda que lo sujetaba a él.

Sale de allí como un loco: llama a su mujer, nadie responde; a sus criados, tampoco; recorre toda la casa fuera de sí,... sola, abandonada. Sale de nuevo al camino, vé las señales del casco de su caballo, del suyo, no le cabe duda, porque él conoce o cree conocer hasta las huellas de su animal favorito.

—Todo lo comprendo, dice, como ilu-

minado por una idea repentina; los ladrones se han aprovechado de mi ausencia para hacer su negocio, i se llevan a mi mujer para exijirme por su rescate una gran suma de dinero. ¡Dinero! mi sangre, la salvacion daría por ella. ¡Pobre perro mio! esclama volviéndole a mirar, i parte a correr como un desesperado, siguiendo la direccion de las pisadas.

I corrió, corrió sin descansar un instante en pos de aquellas señales, una hora, dos, tres.

—¿Habeis visto, preguntaba a todo el mundo, un hombre a caballo, con una mujer a la grupa?

—Sí, le respondian.

—¿Por dónde van?

—Por allí.

I Andres tomaba nuevas fuerzas, i seguia corriendo.

La noche comenzaba a caer. A la misma pregunta, siempre encontraba la misma respuesta; i corria, i corria, hasta que al fin divisó una aldea, i junto a la entrada, al pié de una cruz que señalaba el punto en que se dividia en dos el camino, vió un grupo de jente, gañanes, viejos, muchachos que contemplaban con curio-

alidad una cosa que él no podía distinguir.

Llega, hace la misma pregunta de siempre, i le dice uno de los del grupo.

—Sí, hemos visto esa pareja; mirad, por mas señas, el caballo que la conducia, que cayó aquí reventado de correr.

Andres vuelve los ojos en la direccion que le señalaban, i ve en efecto su caballo, su querido caballo, que algunos hombres del pueblo se disponian a desollar para aprovecharse de la piel. Apénas pudo resistir la emocion; pero reponiéndose en seguida, volvió a asaltarle la idea de su esposa.

—I decidme, exclamó precipitadamente, ¿cómo no prestásteis ayuda a aquella mujer desgraciada?

—Vaya si se la prestamos, dijo otro de los del corro; como que yo les he vendido otra caballería para que prosiguiesen su camino con toda la prisa que al parecer les importa.

—Pero, interrumpió Andres, esa mujer va robada; ese hombre es un bandido, que sin hacer caso de sus lágrimas i sus lamentos, la arrastra no sé a dónde.

Los maliciosos patanes cambiaron entre sí una mirada, sonriéndose de compasion.

— ¡Quiá, señorito! ¿Qué historia está usted contando? prosiguió con sorna su interlocutor. ¡Robada! ¿Pues si ella era la que decia con mas ahinco: «Pronto, pronto, huyamos de estos lugares; no me veré tranquila hasta que los pierda de vista para siempre.»

Andres lo comprendió todo: una nube de sangre pasó por delante de sus ojos, de los que no brotó ni una lágrima, i cayó al suelo desplomado como un cadáver.

Estaba loco; a los pocos dias muerto.

Le hicieron la autopsia; no le encontraron lesion orgánica ninguna. ¡Ah! Si pudiera hacerse la diseccion del alma, ¡cuántas muertes semejantes a esta se esplicarian!

— ¿I efectivamente murió de eso? exclamó el joven que proseguia jugando con los dijes de su reloj, al concluir mi historia.

Yo le miré como diciendo: ¿Le parece a usted poco? El prosiguió con cierto aire de profundidad: ¡Es raro!! Yo sé lo que es sufrir; cuando en las últimas carreras tropezó mi Herminia, mató al jokey i se quebró una pierna; la desgracia de aquel animal me causó un disgusto horrible; pero, fracamente, no tanto... no tanto.

Aun proseguia mirándole con asombro,

cuando hirió mi oído una voz armoniosa i lijeramente velada, la voz de la niña de los ojos azules.

—¡Efectivamente es raro! Yo quiero mucho a mi *Medoro*, dijo dándole un beso en el hocico al enteco i legañoso faldero, que gruñó sordamente; pero si se muriese o me lo mataran, no creo que me volveria loca ni cosa que lo valga.

Mi asombro rayaba en estupor; aquellas jentes no habian comprendido, o no querian comprenderme. Al cabo me dirijí al señor que tomaba té, que en razon a sus años debia ser algo mas razonable.

—¡A usted, ¿que le parece? le pregunté.

—Le diré a usted, me respondió: yo soi casado; quise a mi mujer, la aprecio todavía, me parece; tuvo lugar entre nosotros un disgustillo doméstico, que por su publicidad exijia una reparacion por mi parte; sobrevino un duelo, tuve la fortuna de herir a mi adversario, un chico excelente, decidor i chistoso si los hai, con quien suelo aun tomar café algunas noches en la Iberia. Desde entónces dejé de hacer vida comun con mi esposa, i me dediqué a viajar... Cuando estoi en Madrid, vivo con ella, pero como dos ami-

gos, i todo esto sin violentarme, sin grandes emociones, sin sufrimientos extraordinarios. Despues de este ligero bosquejo de mi carácter i de mi vida, ¡qué le he de decir a usted de esas esplosiones fenomenales del sentimiento, sino que todo eso me parece raro, mui raro!

Cuando mi interlocutor acabó de hablar, la niña rubia i el jóven que le hacia el amor, repasaban juntos un álbum de caricaturas de Gavarni. A los pocos momentos, él mismo servia con una fruicion deliciosa la tercera taza de té.

Al pensar que oyendo el desenlace de mi historia habian dicho,—¡es raro!— exclamé yo para mí mismo... ¡es natural!

FIN.

